cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dixo Don Quixote, que todo lo escuchaba; y dixo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música viéron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos

veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente, y en un levantado trono venia sentada una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni baxaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa, de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quixote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban; y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrámbos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patente-

mente ser la mesma figura de la muerte descarnada y ſea, de que Don Quixote recibió pesadumbre y Sancho miedo, y los Duques hiciéron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo (1),
(Mentira autorizada de los tiempos)
Príncipe de la Mágica, y Monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Émulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
A quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa
Y amiga de hacer bien á todas gentes.

En las cabernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caractéres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
Y su trasformacion de gentil dama

(1) Vease en este tomo quinto la not., pag. 383.

En rústica aldeana: condolíme,
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.

O tú, gloria y honor de quantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia
De aquellos que dexando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el exercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas:

A ti digo, ó varon, como se debe
Por jamas alabado: á ti valiente
Juntamente y discreto Don Quixote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas
Al ayre descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos quantos
De su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dixo á esta sazon Sancho: no digo yo tres mil azotes; pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé que

tienen que ver mis posas (z) con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote, Don villano harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones, y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin dixo: no ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho, han de ser por su voluntad y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vexacion por la mitad deste vapulamiento, puede dexar que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada. Ni agena, ni propia, ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho: á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecáron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso

mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apénas acabó de decir esto Sancho, quando levantándose en pie la argentada Ninfa que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: ó mal aventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo, si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras, si te persuadieran á que mataras á tu muger y á tus hijos con algun truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entra-

ñas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madexa á madexa, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y.... de los años, pues tengo diez y nueve y no llego á veinte, se consume y marchita debaxo de la corteza de una rústica labradora, y si ahora no lo parezco, es merced (A) particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron (1) ese

(1) Cosa negligente y perezosa. *Sacar de haron*; avivar, y apresurar á otro. Ponderando Cecilia en la comedia *Selvagia* que su ama Isabela la habia hecho hacer una diligencia apresuradamente, dice: *Isabela me ha sacado de harona.* (fol. XXVII.)

brio que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, volviéndose al Duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta. ¿Que decis vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no como decis, dixo el Duque. Déxeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras mas á ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me

digo, ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso, adonde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tira mira de malos nombres que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice, que si me coge, me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes: y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un Gobernador, como quien dice, bebe con guindas.

Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena dello, como de volverme Cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un Gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado ó os han de azotar, ó no habeis de ser Gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlin: aquí, en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY

ó ya en el ser que está será llevada á los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. Ea, buen Sancho, dixo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quixote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotayna, y váyase el diablo para diablo y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame vuesa merced, señor Merlin: quando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesínos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta agora no hemos visto á Montesínos ni á sus seméjas. Á lo qual respondió Merlin: el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesínos, sino mio, porque Montesínos se está en su cueva, enten-

diendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto (1), que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por agora acabad de dar el sí desta diciplina, y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que

---

(1) Si el sentido de este lugar está sano, no lo está la gramática, porque habia de decir *Entendiendo en su desencanto;* mas yo entiendo que la gramática está como debe, y que el sentido está defectuoso, porque en lugar de *entendiendo* debe decir *atendiendo*, y no lo dice, por ser un yerro de imprenta manifiesto. *Atender* es un verbo antiquado, que suelen usar los autores de libros de caballerías, y que usa alguna vez el nuestro. En la P. I, c. III, p. 37, dice: *ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está* atendiendo: y en el capitulo siguiente á este se dice: *ante el Duque que, en pie con los demas que allí estaban*, le atendia. Un refran hay tambien en castellano que dice así:

Quien tiempo tiene,
Y tiempo atiende,
Tiempo viene
Que se arrepiente.

Asíque *atendiendo su desencanto* es lo mismo que *esperando su desencanto*, como lo explicó Cervantes receloso de que el lector no entendiese facilmente la significacion del verbo *atender*.

la haréis, para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con (B) condicion, que me los tengo de dar cada y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura (C) de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al reves de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso

proviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dixo Sancho: yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apénas dixo estas últimas palabras Sancho, quando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volviéron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quixote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mexillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes diéron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los

rios que los esperaban : la tierra alegre, el cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales, que el dia que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volviéron á su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia véras que mas gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su muger Teresa Panza.

Tenia un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un page hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia, si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dixo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco